

Reseña del libro de José Ciro Báez, *Crónicas de Aguascalientes.*

Ventanas a la ciudad tranquila y provinciana, Aguascalientes,

Instituto Cultural de Aguascalientes, 2022, 269 páginas.

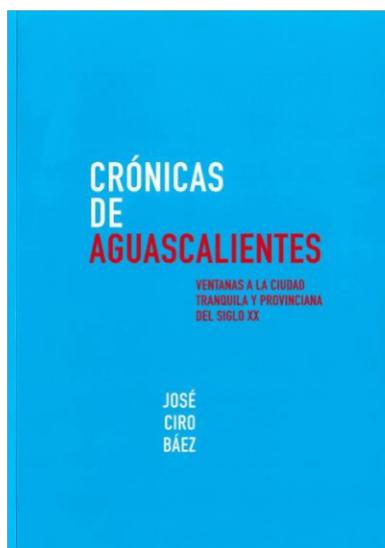
Review of the book by José Ciro Báez, Crónicas de Aguascalientes. Ventanas a la ciudad tranquila y provinciana, Aguascalientes, Instituto Cultural de Aguascalientes, 2022, 269 pages.

Dr. Luciano Ramírez Hurtado

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Historia

luciano.ramirez@edu.uaa.mx



El ingeniero Ciro Báez es una persona inquieta y que siente curiosidad por el pasado de su terruño. Se le ve con frecuencia revisando periódicos en el Archivo Histórico del Estado, en presentaciones de libros; indagando fechas, sucesos, personajes por aquí y por allá; participa en programas radiofónicos y televisivos, divulgando sus conocimientos incluso en las redes sociales.

El libro consta de una presentación a cargo de la maestra Dolores García Pimentel y nueve capítulos, a saber: el encanto de los viejos barrios; calles con sabor a provincia; de la ciudad y sus encantos; paseos familiares y otros sitios de encanto; de cantinas y otros sazones; de navidad y otras costumbres; de panteones y funerarias; lugares de otros tiempos; personajes de Aguascalientes y de otros lados. Los capítulos están subdivididos en 38 distintas entradas a la cultura material, a la vida cotidiana, a la vida social.

Aunque se aproxima de repente a la Colonia y al decimonónico siglo, el énfasis de los relatos de Ciro está puesto en el XX, en especial el de la década de los años sesenta y setenta. En cuanto a la delimitación espacial, se circunscribe a la ciudad capital, básicamente.



Al leer este libro de crónicas, me hizo recordar otros textos que han abordado la ciudad de Aguascalientes como tema principal. Me refiero a *Un viaje a Termápolis* del escritor, poeta, periodista e ideólogo católico Eduardo J. Correa, publicado por la editorial Botas en 1937 y reeditado por el ICA en 1992; o bien *Senderos de antaño. Derroteros de ogaño*, del filósofo y educador Ezequiel A. Chávez, escrito en 1926 pero recientemente publicado por la Universidad Autónoma de Aguascalientes en 2021; o bien diversos autores –como Mauricio Magdaleno, Pedro de Alba, Luis Augusto Kegel y otros-, en *Letras sobre Aguascalientes* compilada por el editor Antonio Acevedo Escobedo publicada en 1963 y reeditada por el ICA en 2003; Alejandro Topete del Valle, *Aguascalientes, guía para visitar la ciudad y el estado*, editado por primera vez en 1966; de Heliodoro Martínez López, *El Aguascalientes que yo conocí*, primero publicado por episodios en un diario local y luego compilado como libro, en una edición del autor en 1977 y reeditado por el ICA en 2009; así como *Mi viejo Aguascalientes*, de Carlos Ávila Pardo, editado por Regina Bretterton y publicado en 2011; incluso me recuerda *Relatos de una época*, de Jaime Arteaga Novoa publicado en 2015.

Así pues, Ciro se suma a esa pléyade de cronistas de lujo que se ocupan de lo local, de su patria chica, en una mezcla entre lo que saben y les consta porque lo vivieron, o bien porque les contaron e investigan lo necesario en fuentes diversas.

Después de leer a Ciro, me queda claro que es un enamorado de su ciudad; lo embarga en todo momento un sentimiento romántico y melancólico. Aunque no lo dice con esas palabras, cree firmemente que “todo tiempo pasado fue mejor”. Prácticamente todos sus textos añoran ese pasado que se va perdiendo inexorablemente. Por ejemplo, en el apartado en que se refiere a la urbe en los años sesenta del siglo pasado, señala en la página 105: “Ciudad en la que todavía se respiraba tranquilidad, que se reflejaba en sus casas de puertas y ventanas abiertas, de las tertulias familiares por las tardes, sentados en el batiente o en sillas en la banqueta, repartiendo saludos a los paseantes: ‘Buenos días le dé Dios’, ‘¿Cómo está su mercé?’, con una nota policiaca a media plana, en la que cualquier robo o crimen se convertían en todo un acontecimiento que se comentaba por varios días.”

Al referirse a los múltiples sitios de paseo, ocio y esparcimiento que había en Aguascalientes y cercanías, vuelve apuntar en la página 122 que la mayor parte de ellos – dice Ciro- “fueron devorados por el crecimiento de la ciudad, que si retrocedemos unos



cuantos años, podremos ver las enormes diferencias de lugares que ya no son como eran. Se han borrado los antiguos contornos que se podían reconocer fácilmente, de una ciudad que ha crecido en fraccionamientos, comercios, industrias y empresas de nombres extranjeros”. Y se lamenta de otro tipo de pérdidas en las interrelaciones sociales y familiares: “Además de que existen otro tipo de distracciones, que son la causa de que se olviden, en gran medida aquellos paseos familiares, que además de ser motivo de distracción, fomentaban la convivencia familiar en todas las clases sociales”.

Tal como a sus predecesores, a Ciro le llama la atención hablar de barrios, de calles, de edificios, de personajes, de paseos familiares, de tradiciones y costumbres ya desaparecidas; de cementerios, monumentos cívicos; de mesones, hosterías y medios de transporte que ya no existen como fueron las carretas, carretones y tranvías; instalaciones deportivas ya inexistentes; leyendas; fiestas patronales; Feria de San Marcos, con sus tapancos, terrazas y lugares para bailar; y un largo etcétera

Se detiene para mencionar el giro comercial de muchos establecimientos, dándonos “santo y seña” de su ubicación exacta, nombres de sus propietarios originales y nuevos dueños, así como el cambio de uso del suelo; el tema de las vecindades, las cantinas y prostíbulos es de sus favoritos, conoce un montón sobre ello; se esmera en platicar la dinámica de la vida barrial, los juegos, los pleitos callejeros entre los chamacos; las fuentes y los quioscos de sabor provinciano; es un deleite lo que cuenta de los espectáculos, ocio y esparcimiento como el circo, carpas, artistas callejeros, cines que son cosa del pasado; lugares de comida típica, mercados, cenadurías, fondas, restaurantes, neverías y cafés, lugarcitos que se prestan para intercambiar puntos de vista, arreglar el mundo y desde luego socializar.

Llamó mucho mi atención el apartado que dedica a “La exquisita cocina hidrocálida”, es un verdadero tour que invita a descubrir los numerosos sitios para degustar esos antojitos mexicanos preparados con sazón local. Es, yo diría, una invitación al paladar y apetece visitarlos pues da su domicilio, nombre y ubicación actual.

Ciro siente especial fascinación por algunas tradiciones, como es el caso de las Posadas de la calle del Estanque, que se celebraban a mediados de los años sesenta en el mes de diciembre, en una época en que la gente se saludaba, se salía a platicar en la banqueta y los niños podían jugar tranquilamente a media arteria. Nos recuerda el adorno de las casas con papel de china, faroles, focos; montar los ingeniosos nacimientos, la



escenificación de las pastorelas; la procesión con los peregrinos María y José con el consabido rezo del rosario, letanías y cánticos de villancicos; el reparto de los bolos a los niños; quebrar las coloridas piñatas; todo era regocijo, jolgorio de chicos y grandes. Entre las familias generosas que ofrecían una succulenta cena y regalos al vecindario, estaba la suya, los Báez Guerrero. Mucho de eso se ha perdido, algunos habitantes de esa arteria se han marchado; y se lamenta que de entonces a la fecha han cambiado mucho las cosas: “los conductores de vehículos se han apropiado injustamente de la calle; los vecinos del barrio ya no pueden disfrutar de su Jardín de Zaragoza, del que también injustamente se han apropiado algunos grupos de músicos, y lo más lamentable, el Nevado de Toluca ya no tiene la vieja sinfonola que tocaba todo el día”. (p. 171) Se lamenta, también de que las tradiciones hayan cambiado ante el embate de influencias extranjeras con Santa Claus y sobre todo por el desinterés de las nuevas generaciones.

Entre los personajes y tipos pintorescos del Aguascalientes provinciano, Ciro narra detalles, anécdotas y sucedidos de clérigos, comerciantes, teporochos, fotógrafos, tahúres, peluqueros, músicos, cácaros, sepultureros, empresarios, artistas plásticos, periodistas, poetas, humoristas y hasta delincuentes. Algunos de ellos, verdaderos personajes de leyenda, como Concepción Arvizu, mejor conocido como *El Naco*, el concesionario de la jugada asesinado a balazos a principios de la década de los sesenta del siglo pasado; o bien el gallero Sabas Lozoya; me arrancó una carcajada los relatos que hace de la persona que tenía pinta de cacique de pueblo, don David Capetillo, que vestía de “pantalón color caqui y valenciana, botines, sombrero y su eterna chamarra negra de piel con cuello de borrega, en la que disimulaba su inseparable pistola que utilizaba cada año para recibirlo a tiros” (p. 61). O cuando habla de

Luis Pedroza, a quien los malos llamaban *Luis el Loco*, con su sombrero, bastón y su eterno saco varias tallas mayor a la suya, cuyo mayor coraje era que le gritaran: “Ese que se robó la cócona”. Debido a esto, muchos probaban su bastón. Otro de estos personajes era Agustín Godea, conocido como *El Gendarme de la Correa*, cuyo coraje era que le gritaran Correa, su reacción era una serie de recordatorios familiares, a todo pulmón, dirigidos a los causantes de su enojo. El otro era el clásico teporocho, el de la eterna borrachera que hacía malabares para mantenerse en pie, y quien siempre se presentaba con la frase “¡Yo soy Marcelino Pérez!”. (p. 63)

Advierte que hoy en día prevalece el bullicio, el ruido, el trajín de la ciudad, cuando antes todo era quietud y paz. Ahora son otras las personas, las casas, los



fraccionamientos, hay autos por doquier. A Ciro le preocupa mucho ese Aguascalientes que va quedando en el olvido, de esos lugares entrañables que no están más pues ha cambiado el paisaje y la fisonomía urbana. Se nota su añoranza por el pasado.

Exalta lo propio, lo nuestro, lo de todos. Quizás plantea, sin estar plenamente consciente de ello, una reconquista moral de la ciudad. Denuncia, de alguna manera, la decadencia, la pérdida de valores familiares. Los cambios vertiginosos que ha experimentado Aguascalientes en las últimas décadas ha barrido con muchas cosas. Le apuesta a que la provincia puede volver a ser refugio y salvaguarda de viejas costumbres que es preciso recuperar y preservar. Esa es la visión que predomina en todos y cada uno de sus escritos.

La mirada de Ciro Báez es la de alguien que observa atentamente lo que sucede a su alrededor. Yo diría que a veces es una mirada pícara, irónica y siempre divertida. Por ejemplo, cuando habla de las cantinas, lugares donde se dan cita “Burócratas, profesionistas, deportistas, toreros, judiciales ociosos y prepotentes, intelectuales, vagos y raterillos de poca monta... para unos son sitios de inspiración, para otros como un anexo de su oficina donde pueden arreglar y desarreglar negocios, el inicio de nuevas amistades y el fin de otras; dentro de todo esto vuelan la anécdota y el chascarrillo, las alabanzas y las ofensas” (p. 138); son como recintos, nos dice, que cumplen con el sagrado precepto de dar de beber al sediento; agrega que en los años setenta las había por doquier, “de todo tipo y para todos los gustos, eran como un oasis en medio del bullicio de la ciudad”. Describe la típica cantina de larga barra de madera, debajo de la cual había un “canal con agua corrediza... adonde iban a dar algunos líquidos del sufrido cuerpo”, o bien el pestilente mingitorio con vista a la calle “por el que rara vez pasaba el detergente”, aromatizando varios metros a la redonda que salía hasta la calle. Señala con su dedo acusador el trato discriminatorio y abusivo que daban algunos meseros arrogantes, quienes tenían “preferencia por ciertos clientes para los que si tenían las llaves del baño, les servían los tragos en vaso alto y rodeaban la mesa con lo mejor de la botana de la casa, mientras a los demás los ignoraban, pero si los acosaban para que pidieran las siguientes bebidas, como si se tratara de una persecución religiosa” (pp. 139-140).

Habla de los cantineros, que son como confesores de los sufrientes y sedientos clientes consuetudinarios y se llevan a la tumba las confidencias de los parroquianos. De estos, los hay de todo tipo:



los ocasionales que entraban por unos cuantos tragos, los que la urgencia los hacía entrar al primer tugurio que se encontraban, los pacíficos que ni ruido hacían, los que iban a lucir sus cualidades de gladiadores, los fieles de todos los días, que llegaron a formar parte de la decoración, algunos eran reencarnaciones de clientes anteriores, otros simples espectros, algunos destacaban por su forma de tomar sin perder la compostura, otros, todo lo contrario, que terminaban con su dignidad por los suelos, y los que sólo se liberaban los fines de semana, a jugarse la siguiente parada o el total de la cuenta al dominó o cubilete con los amigos... (p. 140)

El conocimiento que Ciro tiene de nombres de cantineros, domicilios y sus propietarios, y remedios para solventar la famosa cruda, es verdaderamente impresionante y admirable. Lamenta la aparición de *ladies bar*, merenderos y antros en las últimas décadas, que paulatinamente han contribuido a dar al traste con las venerables cantinas de antaño.

El libro de Ciro es una crónica viva, cuenta el ayer y hoy de su querida ciudad. Es posible encontrar nombres de personas y sucesos que conocimos, que nos son familiares, incluso entrañables.

El lenguaje que emplea Ciro es simple, accesible, sin rebuscamientos. O como él mismo lo dice: “Mi escritura es briosa, sin preocupación de estilo; me gusta llamar las cosas por sus nombres, en ocasiones al uso antiguo” (p. 263).

Escribe para divertir y entretener a lectores comunes y corrientes. El sentido del humor está presente en muchos de sus trabajos y lo hace con un acento popular y de laicidad, aunque también con resabios de ese acendrado catolicismo de viejo cuño, como podemos apreciar en los apartados “Las posaditas con la abuela” y “Las viejas buenas costumbres”. Lo mueve el deseo de que los recuerdos se conserven; apunta: “Busco que mis artículos se lean con gusto, que sean apasionantes, como si se estuviera en las reuniones familiares, en el patio de la casa, a la luz de la luna”. (p. 263)

Ciro ha acumulado a lo largo de los años una gran experiencia, pues recuerda y narra sin fatiga acciones humanas del pasado. Ciro sabe y sabe mucho, y nos lo comparte. Es generoso e incansable en el esfuerzo. Recuerda, de seguro, sus juegos y travesuras infantiles, sus proezas juveniles y de adulto; sin embargo, la manera en que lo hace, lo convierte en memoria colectiva pues le habla a la comunidad. Ciro se asume como cronista, toma nota del acontecer cotidiano, de los viejos barrios, de las calles, de los

añejos edificios, de personajes olvidados por la historia. Y dice: “Todo lo que observo lo plasmo en mis escritos”. También sabe escuchar.

Rara vez cita sus fuentes de consulta. Cuando habla del barrio de La Salud, alude a las orales: “según cuentas los de más edad” (p. 126); o al referirse a los negocios diurnos y nocturnos de las proximidades al quiosco de Las Flores, en la esquina suroeste de San Diego menciona al señor Carlos Ávila Pardo, y a los poetas José F. Elizondo y Ramón López Velarde (p. 134). Para hablar de los bares, cantinas y al bohemio *Pepe Nava*, cita a don Artemio del Valle Arizpe (pp. 138; 235-241). También alude al inevitable cronista y profesor Alejandro Topete del Valle, cuando habla del presidio donde se alojaban los viajeros a fines del siglo XVI, y las primeras hosterías (p. 207); a Pedro de Alba, que se hospedaba en un mesón cuando era niño y venía a la Feria de San Marcos (p. 209); Armando de María y Campos y Renato Leduc, cuando se refiere al humorista José F. Elizondo (pp. 235-236); leyó las propias memorias de Pepe Elizondo; o bien de José Juan Tablada al referirse a Ramón López Velarde (p. 254).

Algo que salta a la vista en las crónicas de Ciro, es que repite datos y sucesidos de Aguascalientes. Esto es normal, pues primero fueron publicadas como relatos por separado, en periódicos locales y en sus redes sociales, en distintos momentos.

Pero también se puede aprender de sus textos. Claro que no se trata de un trabajo de investigación a gran profundidad. No puede ni desea hacerlo. Son crónicas ligeras, pensadas y escritas para el disfrute de la gente.

Considero que las imágenes que acompañan al texto son un acierto. Algunas fotografías son poco conocidas y pertenecen al archivo personal del autor.

Como toda buena crónica, no es preciso seguir un orden cronológico ni temático en el libro de Ciro. El lector puede elegir al azar cualquier entrada y la leerá con deleite, pues inicia y termina un ameno relato.

La sociedad requiere de cronistas, que reúnan testimonios, hechos comprobados, datos y nombres ubicados en el tiempo y en el espacio; que sepan narrar acontecimientos, períodos, vidas de personajes de nuestro medio social y cultural; que nos cuenten de costumbres y tradiciones. Lo que hacen es de mucho provecho, de gran utilidad y es de agradecerle su empeñoso trabajo, que además lo hace gratis.

Hace unos meses el historiador Francisco Javier Delgado, investigador de la Universidad de Colima, publicó en Facebook lo siguiente: “Los cronistas fueron y son fundamentales para conservar y transmitir la memoria y la historia de pueblos y ciudades. Dicho lo anterior, ¿No va siendo hora de buscar nuevos sujetos que realicen esas actividades con una orientación más colectiva y pública? La figura del cronista erudito que decide qué y cómo contar la historia me parece un poco del siglo antepasado”. No puedo sino estar completamente de acuerdo con este apunte, pues creo que Ciro va justamente en ese camino; me gusta su estilo desenfadado, alejado de los lenguajes petulantes de los intelectuales y académicos; escribe sus crónicas porque sabe, porque quiere y porque le da su regalada gana, con una visión social y divertida.

También me gustaría que este tipo de ejercicios de escribir y publicar crónicas, se haga en todos y cada uno de los municipios y localidades importantes de Aguascalientes. Hay que apostarle a la descentralización. Deben llegar al gran público, a las comunidades, a las escuelas incluso. Es importante que no se desvanezcan con el transcurrir del tiempo.

Las buenas crónicas contribuyen a guardar, preservar y transmitir la memoria colectiva de los hombres de nuestra entrañable ciudad y sus alrededores. Leer a Ciro es hacer una deliciosa pausa, en el diario vivir. Sin duda, este libro será desde ya un referente obligado.